

## EN VÍAS DE EMANCIPACIÓN

## LAS MUJERES ORIENTALES

TODO pasa y todo se transforma, y hay en la historia humana períodos en que los cambios y las transformaciones tienen una intensidad y una rapidez mucho mayores: tal han sido el último tercio del siglo XIX y lo que va transcurrido del actual.

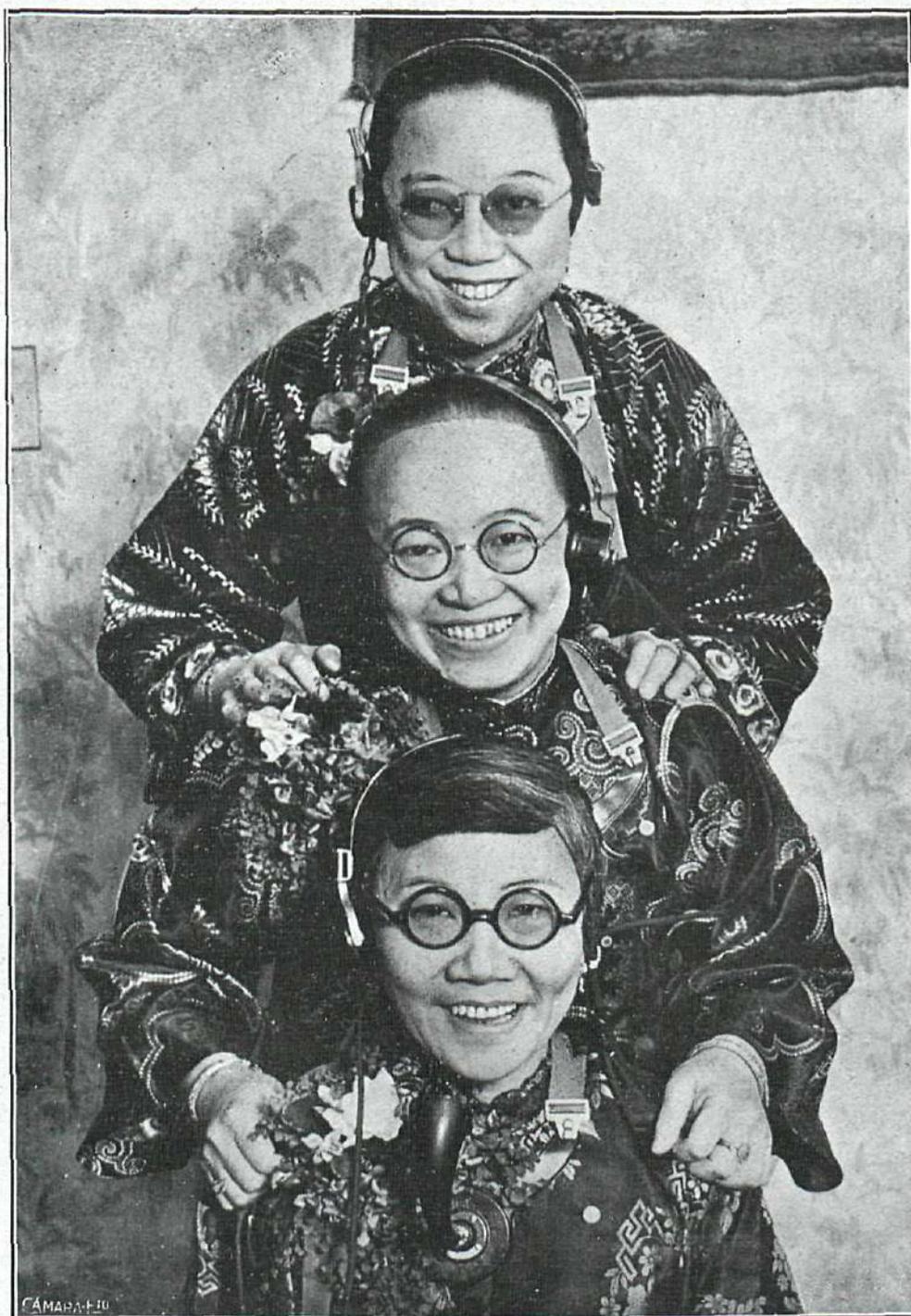
Donde más se ha sentido, tal vez porque el estancamiento anterior hacía necesarios saltos más bruscos, esas transformaciones y mudanzas, ha sido en la vida de los pueblos orientales, tan perdurablemente característicos y que marcaban violento contraste con los de Occidente.

Puede decirse que el Japón fué el primero de aquellos pueblos que sintió la necesidad de una transformación honda, que fuese el camino de una asimilación de los usos y costumbres occidentales, y esa transformación fué posible y será cada vez más definitiva, gracias al enorme éxodo de muchachos jóvenes, en plena plasticidad intelectual y moral, que el Japón envió, y sigue enviando, a los diversos países de Europa y que en ellos adquieren algo más que la cultura, enormemente rica, de cada uno: hábitos y costumbres que constituirán, finalmente, segunda naturaleza y transformarán de un modo definitivo y completo las costumbres del pueblo japonés.

El ejemplo fué imitado muy pronto por los turcos, y hace 30 años París tenía una numerosísima, activa e inteligente colonia de estudiantes, llegados de Turquía y que, como luego se vió, habían de transformar profundamente su país.

Indios y chinos, aunque más lentamente, por razones étnicas, históricas y geográficas, han seguido, más tarde, el mismo camino, y en sus países respectivos se ha producido ya el movimiento de efervescencia política y social, precursor de lo que pudiéramos denominar amplia occidentalización de usos y costumbres y de algo más íntimo esencial aún: el espíritu de aquellas razas.

Por un fenómeno análogo y mejor sería decir por un fenómeno concomitante ó por el mismo fenómeno, una de las cosas que más honda transformación han sufrido en las costumbres orientales, ha sido la vida femenina; la mujer oriental perduraba aún en el estado primitivo de



Telefonistas chinas que muestran aún su regocijo, como si no existiera ya el teléfono automático

cosa: la occidentalización de sus pueblos, por un fenómeno semejante al que muchos siglos antes produjo el cristianismo, la elevó en condición social, la liberó de la esclavitud en que yacía é hizo de ella un ser humano, libre y responsable, semejante, sino completamente igual aún, en deberes y derechos al hombre mismo.

Aún no hace mucho que en Turquía ocasionaba conflictos de orden público el velo de las mujeres, último resto, podíamos decir, extremando las cosas, de las celosías del harén en que hasta poco antes habían vivido las turcas. Hoy, aquel hábito es una de tantas cosas como pasaron y en la Turquía abierta al alfabeto occidental y al sistema métrico—más avanzada ya en este punto que la tenaz Inglaterra—las mujeres no sólo circulan por las calles con el

rostro descubierto, sino que ejercen ya funciones, antes predominantemente masculina.

En las mismísimas calles de Constantinopla, invadidas, como las de toda gran ciudad del mundo, por los autotaxis, hay ya mujeres conductoras que ganan su vida sin las dulzuras y los halagos del harén, que han cambiado gustosísimas por la libertad y la dignificación completa, aunque costosa, de su persona.

La mujer oriental, en muchos países, no es ya la mujer *cosa*, objeto de recreo unas veces, víctima del desdén otras, siempre esclava del hombre incapaz de comprenderla, y la transformación cunde con tan extraordinaria rapidez y llega tan oportunamente, en relación con los avances emancipadores de las mujeres occidentales, que llegará muy pronto aun a los países que podrían parecer más refractarios a esas corrientes emancipadoras.

Para que lo sean totalmente, sin embargo, sería necesario selección profesional diese a las mujeres las profesiones más convenientes para su sexo; tal vez no sea, precisamente, conduciendo taxis, como las jóvenes turcas deberán ganar su vida; tal vez no sea tampoco dedicándose a las más elevadas funciones diplomáticas, sobre todo si la diplomacia, que siempre fué demasiado femenina, ha de modernizarse, como deberán actuar las damas japonesas y las simpáticas chinitas, de que publicamos la fotografía, y que seguramente, por no ser menos que sus colegas occidentales, impacientan a los abonados al telégrafo en China, corren el riesgo de que apenas instaladas en su profesión les expulse el cómodo y apacible teléfono automático: en realidad, los problemas de la orientación y de la selección profesional, aún para el hombre mismo, no están aún totalmente resueltos en ninguna parte; sólo lo están a medias en los pueblos más cultos y adelantados; no es extraño, pues, que las mujeres, recién llegadas a la vida activa, se equivoquen aún al elegir su medio de existencia.

La elección acertada de profesión, que fija para el hombre y ha de fijar para la mujer, según *Clarin*, el día más solemne de la vida, no es naturalmente cosa fácil, y para las mujeres,

La elección acertada de profesión, que fija para el hombre y ha de fijar para la mujer, según *Clarin*, el día más solemne de la vida, no es naturalmente cosa fácil, y para las mujeres,



Delegadas de los diversos países en la V Conferencia pacifista femenina celebrada ahora en Wáshington. Entre ellas figuran dos japonesas, Uta Hyaski y Tsune Gauntlett

que hasta ahora no se habían visto jamás ante ese enigma, ha de serlo más.

Pero, en definitiva, ese será un problema ulterior: lo esencial era que la liberación de la mujer fuese avanzando hacia Oriente, y eso, como demuestran las fotografías que acompañan á estas líneas, se ha realizado ya, en parte.

Sólo falta que el avance continúe y la liberación femenina sea un hecho en todas partes.

Es necesario, sin embargo, cuidar de que esa liberación sea más real que aparente. No basta que la mujer tenga teóricamente abiertos una multitud de caminos; es indispensable que en la realidad práctica pueda recorrerlos sin obstáculos forjados por los prejuicios y las preocupaciones rutinarios, y que en ellos encuentre la independencia económica base de toda libertad, que sin ella no puede existir.



En Constantinopla hay ya mujeres dedicadas á conducir staxis

Si han de existir mujeres médicos sin enfermos, abogados sin asuntos y farmacéuticos sin farmacia, y, finalmente, y me refiero sólo á las necesidades económicas de la vida, la mujer ha de necesitar fatalmente al hombre, la aparente emancipación no será emancipación verdadera y la mujer seguirá viviendo en la esclavitud de que parecíamos haberla sacado.

Esta finalidad no podrá lograrse mientras no desaparezca la rutina; pero aún será necesario algo más, y aquí encaja de nuevo el problema de la orientación profesional: es necesario que las mujeres se den cuenta de cuáles son los destinos en que sus aptitudes las dan mayores facilidades para vencer, y con esa noción elegir para sí las profesiones en que puedan luchar más ventajosamente, y con mayores posibilidades de vencer, con los hombres.

DOROTEA